

EL ASCENSO DE CHINA EN ASIA CENTRAL Y SU RELACIÓN CON RUSIA. UN ANÁLISIS DESDE LAS INICIATIVAS MULTILATERALES (2013-2018)

Lautaro Nahuel Rubbi*

Universidad Argentina de la Empresa /
CONICET (Argentina)

✉ lrubbi@uade.edu.ar

Recibido: 3 de mayo de 2019

Aceptado: 10 de septiembre de 2019

Lucas Andrés Mercado Gutiérrez**

Universidad Argentina de la Empresa (Argentina)

✉ mercadogutierrez.lucas@gmail.com

Resumen: El ascenso de la República Popular China ha sido el fenómeno internacional más trascendental en términos estatales de las últimas décadas. Sin embargo algunos actores, como los Estados Unidos y sus aliados en el Asia Pacífico, han visto este hecho con mayor preocupación que complacencia. Pero ¿qué sucede con la Federación de Rusia? El ascenso de China afecta a una región geopolíticamente importante para Moscú como lo es el Asia Central, región fundamental para Beijing en términos de economía y seguridad. El presente artículo pretende avanzar sobre las características de la creciente influencia china en la región y el tipo de relación que mantienen ambas potencias respecto de la misma. Para ello analizamos las distintas iniciativas regionales que promueven China y Rusia sobre la región

* Licenciado en Gobierno y Relaciones Internacionales, y Licenciado en Política y Administración Pública (Universidad Argentina de la Empresa), Posgrado en Seguridad Internacional, Desarme y No Proliferación (NPSGlobal), Magister en Estudios Internacionales (Universidad Torcuato Di Tella). Becario Doctoral UADE – CONICET.

** Licenciado en Gobierno y Relaciones Internacionales (Universidad Argentina de la Empresa).

del Asia Central (BRI; OCS; UEE; OTSC). Se concluye que, en lugar de seguir una política tradicional de balance de poder, ambas superpotencias han logrado una convivencia relativamente pacífica en la región a partir de la “especialización del trabajo” y la legitimización de su accionar que proveen las instituciones que han promovido.

Palabras clave: Rusia, China, Asia Central, Organizaciones multilaterales

Abstract: The rise of the People's Republic of China has been the most far-reaching international phenomenon in state terms in recent decades. However, some actors, such as the United States and its allies in Asia-Pacific, have viewed this fact with more concern than complacency. But what about the Russian Federation? China's rise affects a geopolitically important region for Moscow such as Central Asia, which is fundamental for Beijing in terms of economy and security. This article aims to advance on the characteristics of China's growing influence in the region and the type of relationship that both powers have with it. To this end, we analyze the different regional initiatives promoted by China and Russia over the Central Asian region (BRI; OCS; UEE; OTSC). It is concluded that, instead of following a traditional policy of balance of power, both superpowers have achieved a relatively peaceful coexistence in the region based on the "specialization of work" and the legitimization of their actions provided by the institutions they have promoted.

Keywords: Russia, China, Central Asia, Multilateral Organizations

I. Introducción

En las últimas décadas la política internacional ha sido objeto de numerosos sucesos que han determinado la necesidad de reformular las políticas exteriores de las grandes potencias. Entre ellos, el ascenso de la República Popular China es claramente el acontecimiento en términos estatales de mayor relevancia, obligando a repensar la agenda de todos los miembros de la comunidad internacional, entre ellos, la Federación de Rusia.

La región del Asia Central (compuesta por Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán), donde los intereses chinos chocan

con la tradicional preponderancia rusa, no es una excepción al expansionismo económico y de intereses de la nueva superpotencia. En este sentido, esta región presenta características propias que la posicionan como un escenario propenso para las disputas entre estos grandes poderes:

- Concentra un gran valor geoestratégico en tanto se posiciona entre dos grandes potencias como lo son China y Rusia, y hasta una tercera si consideramos el caso de India. Además, se presenta como un puente natural y estratégico de conexión entre Asia y Europa.
- Es vital su importancia en términos de recursos naturales: sus economías dependen principalmente de la exportación de recursos primarios, fundamentalmente hidrocarburos, siendo uno de los principales proveedores de China.
- Es también una región de notable inestabilidad, no solo por su cercanía con Afganistán y la ruta de la droga que de allí se extiende, sino también por los denominados “tres males”: el extremismo, el terrorismo y el fundamentalismo, con importante expansión en la región durante las últimas décadas. La comunidad académica china también menciona otras amenazas tales como las disputas territoriales, el crimen organizado, la piratería, y los riesgos económicos y financieros (SIPRI 2017, 15).

En un mundo que se mantiene anárquico, las competencias por el poder siguen siendo materia común en las relaciones entre las naciones. El ascenso del poder relativo de un Estado, que encuentra sus pilares en lo económico y lo militar genera preocupaciones en materia de seguridad al resto de los actores. En este sentido, el crecimiento de China y su mayor vinculación con la región del Asia Central a través de iniciativas como BRI (en materia económica-comercial) y la OCS (en materia de seguridad) deberían presentar, según la teoría, fuentes de preocupación para la Federación Rusa en un área geográfica que históricamente ha mantenido bajo su influencia.

Sin embargo, el siguiente trabajo plantea que, contra el pronóstico propuesto por diversas corrientes dentro del paradigma realista, principalmente el Realismo Ofensivo (Mearsheimer 2001), la interacción en aquel espacio geográfico no presenta características de competencia y maximización de poder. En el Asia Central, las relaciones entre las grandes potencias se proyectan pacíficas y hasta complementarias, fomentando la cooperación a través de la especialización. La expansión, consolidación e

intensificación de los intereses chinos en la región se ha dado por medio de propuestas regionales en un espacio donde Rusia también propone mantener su hegemonía por medio de instituciones multilaterales. Sin embargo, las relaciones entre ambas potencias y las instituciones que promueven han sido complementarias antes que conflictivas. En cuestiones económicas Rusia ha promovido sus intereses por medio de la Unión Económica Euroasiática (UEE), mientras que en materia militar y de seguridad lo hace por medio de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Mientras tanto, en cuanto a China, en materia económica lo hace a través de la iniciativa Belt and Road Initiative (BRI), anteriormente conocida como OBOR, y en materia de seguridad bajo el paraguas de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS)¹.

Frente a un área geográfica donde se ha desarrollado la cooperación y el entrelazamiento de intereses y ambiciones, a la vez que la generación de mayores niveles de especialización en materia económica y de seguridad, surge el interrogante sobre las razones de este particular comportamiento. El presente artículo avanza sobre tal cuestión. El objetivo es indagar sobre las relaciones que han tenido ambas potencias entre sí respecto de un área geográfica que podría haber significado una fuente de tensiones y disputas en múltiples agendas. En otras palabras, buscamos responder el siguiente interrogante: ¿Por qué China y Rusia han desarrollado una relación de cooperación en lugar de una competencia tradicional por el poder y la influencia en la región del Asia Central? Para ello se realizará un análisis de los intereses de ambas potencias en la región y las iniciativas regionales (principalmente en términos de organizaciones multilaterales) que ambas han promovido, a través del análisis de sus objetivos, su naturaleza, sus funciones y sus limitaciones.

A partir del análisis realizado se concluye que la ausencia de una estrategia tradicional de balance por medio de la conformación de alianzas por parte de Rusia no debe interpretarse como una falta de racionalidad. Con el objetivo de hacer frente a sus recientes dificultades económicas, y entendiendo que una confrontación con China sería costosa, el pragmatismo

¹ Vale aclarar que, si bien Rusia se encuentra incluida en ambas iniciativas chinas, se ha tenido en cuenta fundamentalmente el liderazgo de la República Popular China en ambos casos.

de su estrategia consiste en crear mayores condiciones de confianza y más espacios para la vinculación a fin de reducir la incertidumbre en torno a las intenciones de Beijing, a la vez que vuelve más costosa una confrontación entre ambas potencias. Sin tener una posición hegemónica en la región, a través de la cooperación el Kremlin aun busca mantener cierto nivel de influencia sobre aquel espacio de poder. Puede verse así el papel primordial de la construcción de instituciones multilaterales para el logro de los objetivos planteados por los propios Estados (Keohane 1984, 245).

II. Integración comercial: ¿Rivalidad o complementariedad?

En los últimos años, los intereses de la República Popular China y de la Federación Rusa en la región del Asia Central se han profundizado e intensificado. En el año 2013 el presidente chino Xi Jinping anunció oficialmente la iniciativa OBOR, tal como fue inicialmente conocida, definida brevemente como una estrategia de política exterior económico-comercial, pero con implicancias geopolíticas y de seguridad. Paralelamente, los años 2014/15 representaron el giro económico y político de Rusia hacia el Este tras las sanciones económicas de los Estados Unidos y la Unión Europea a causa del conflicto desarrollado en Crimea, agravándose por la caída de los precios del petróleo, principal producto de exportación ruso.

Frente a esto, las iniciativas multilaterales de comercio promovidas por China (BRI) y Rusia (UEE) son fuentes de potenciales beneficios para los países de la región y su ambición de superar las dificultades que les ha impuesto su propia geografía (pues la región representa la mayor masa continental sin acceso al mar del mundo). Su importancia estratégica se ve elevada al advertir que, en gran medida, los regímenes que gobiernan la región sustentan su estabilidad en el desempeño económico. Sin embargo, las enormes posibilidades que ofrecen estas iniciativas no las hace exentas de dificultades e incompatibilidades mutuas que puedan promover la competencia entre las potencias.

A continuación, se analizarán las características de ambas iniciativas económicas, priorizando el análisis sobre la motivación que las ha impulsado, su membresía, sus fuentes de financiación y sus asimetrías

características, con el objetivo de indagar sobre su rivalidad o complementariedad en el área geográfica a la que se avocan.

III. La Unión Económica Euroasiática

La Unión Económica Euroasiática (UEE) es una organización internacional para la cooperación económica regional establecida en el año 2014 (pero con vigencia desde 2015) en el marco del Tratado de la Unión Económica Euroasiática. Integrada por Armenia, Bielorrusia, Rusia y solo dos Estados de Asia Central (Kazajistán y Kirguistán) y con personalidad jurídica internacional, la misma promueve la libre circulación de bienes, servicios, capital y trabajo por medio de una política única, armonizada y coordinada en aquellos sectores establecidos por medio del Tratado².

Desde su creación, la discusión en torno a la UEE se ha planteado sobre la disyuntiva entre su real potencial como bloque para ampliarse e impulsar las débiles economías de Asia Central y el Cáucaso, o su estancamiento en base a su utilización como bastión geopolítico y de proyección y consolidación hegemónica por parte de Moscú. En cualquiera de los dos casos, el rol de la Federación Rusa es central. A pesar de las dificultades que enfrenta en la actualidad esta organización, tanto por cuestiones de su naturaleza constitutiva, como por las tensiones entre sus miembros y un contexto económico desfavorable, Rusia no está dispuesta a renunciar al proyecto euroasiático. A pesar de diversos obstáculos propios de la estructura de la organización, esta se mantiene aún como uno de los principales bastiones del Kremlin para llevar adelante su política exterior.

La UEE adquiere mayor relevancia a partir de una serie de acontecimientos que impulsaron a Moscú a reorientar su política exterior hacia el Este, principalmente el impacto político y económico de la caída de los precios del petróleo y las sanciones aplicadas por Estados Unidos y la Unión Europea en el marco de la crisis en Ucrania. En lo que se refiere al impacto de las sanciones, las mismas han afectado indirectamente a la UEE a causa de la desaceleración de la economía rusa, la cual funciona como el

² Datos disponibles en: <http://www.eaeunion.org/?lang=en#about-info> (consultado el 9 de septiembre del 2019).

motor económico de la organización, representando el 84% del PBI de esta (Wolczuk y Dragneva 2017, 7). Este impacto se ha visto reflejado tanto en la caída en el nivel de sus exportaciones, así como también en los niveles de inversión extranjera directa en el resto de los países que la integran.

Los miembros menores de la organización han visto mellada su estabilidad económica debido a su alta dependencia de la economía rusa, fuertemente afectada por ambos factores mencionados. Se calcula que ambos contribuyeron a una contracción del 3% del PBI ruso en el año 2015 (Wolczuk y Dragneva 2017). Si bien las industrias de gas y petróleo solo hacen a un cuarto del PBI de la Federación Rusa, la proporción aumenta si se tiene en cuenta que algunos sectores no-hidrocarbúricos continúan dependiendo en su financiamiento de dicho sector, elevando la dependencia en los hidrocarburos a un 67-70% del PBI ruso. Tal es el caso de las importaciones (Rusia importa el 60% de lo que consume), que son pagadas con lo obtenido por medio de las exportaciones (dominadas fundamentalmente por petróleo y gas); el financiamiento público, que proviene principalmente de los impuestos a las industrias extractivas y de las exportaciones; y las divisas provenientes de la actividad hidrocarbúrica, que son invertidas en otros sectores de la economía (Movchan 2015).

Sin embargo, a pesar del efecto que el debilitamiento de la economía rusa ha tenido sobre los otros miembros de la organización, también es cierto que estas nuevas condiciones económicas han impulsado nuevamente la importancia del espacio euroasiático y, por ende, del rol que la UEE ocupa para Rusia. La política de *pivot* de Rusia hacia Asia, que va más allá del Cáucaso y Asia central y se orienta también hacia el Pacífico, busca reducir los niveles de dependencia con Occidente (SIPRI 2017, 39). De esta manera, Rusia pretende evitar el aislacionismo promovido por las sanciones económicas y mostrarse fortalecida como hegemón regional.

Es en este sentido que la UEE debe ser pensada, además de como un bloque económico, como un proyecto político. La integración euroasiática se presenta así como una respuesta defensiva a la marginalización económica percibida por Rusia a partir de los planes de extensión de la UE hacia Europa del Este por medio de acuerdos económicos especiales de acceso al mercado europeo. Al mismo tiempo, también representa una

respuesta a la creciente fortaleza económica de China y sus ambiciones regionales (Wolczuk y Dragneva 2017, 6).

Aquellos más optimistas destacan el rol que la UEE puede jugar como mecanismo de diálogo regional con otras contrapartes internacionales, como la Unión Europea, la ASEAN o inclusive con la iniciativa china BRI (International Crisis Group 2016). En este sentido, Putin y Xi Jinping han acordado en 2015 impulsar negociaciones para un acuerdo de cooperación económica y comercial entre la UEE y BRI con el fin de promover la estabilidad económica, de seguridad y la integración regional³. Serán fundamentales los beneficios de dicha interacción para superar las limitaciones propias de cada uno de estos proyectos (SIPRI 2017, 40; Spanger, 2016).

Rusia entiende que, ante al constante y paulatino debilitamiento de su economía frente otros actores, formar parte de bloques regionales multilaterales de comercio será necesario para ejercer poder e influencia en los asuntos globales. El éxito de sus políticas en su espacio de influencia es condición indispensable para proyectarse al mundo como un actor global (Bolgova 2017). Las posibles estrategias frente a esta necesidad son dos: afiliarse a una o, mejor aún, dominarla (European Council on Foreign Relations 2016). Para Rusia, que pocas veces estuvo dispuesta a ver su estatus internacional reducido, la alternativa era solo una, constituir su propio bloque y posicionarse como eje del mismo. “Para Moscú los grandes poderes no se disuelven en los procesos de integración, sino que forjan los propios” (Wolczuk y Dragneva 2017, 6). La UEE se posiciona así como una herramienta para institucionalizar la influencia política sobre los países vecinos, en un intento por reconstruir el poder y la influencia disueltos tras la caída de la Unión Soviética. Teniendo en cuenta que otras grandes potencias (como la UE y China) han buscado incursionar durante los últimos años en el “patio trasero” ruso, donde el Kremlin mantiene especial interés en resguardar su liderazgo, la UEE funciona como un mecanismo para evitar que sus vecinos directos sean integrados y absorbidos por proyectos de potencias externas.

³ Disponible en: http://news.xinhuanet.com/english/2015-05/09/c_134222936.htm (consultado el 18 de octubre de 2018).

Tal como sostiene Barry Buzan (2004), una gran potencia o un gran poder se define como aquel que si bien no tiene capacidad para actuar en todos los espacios del globo, sí son tenidos en cuenta en los cálculos de las superpotencias porque influyen en la distribución de poder. Ahora bien, difícilmente Rusia pueda ingresar en dichos cálculos si no tiene o pierde la capacidad de proyectarse más allá de sus límites territoriales (Buzan 2004, 69-70). Rusia no puede tener éxito en la arena internacional si no hay una plataforma de proyección inmediata sobre la cual extienda su poder. En tanto la consolidación de su poder a través del desempeño económico se encuentre limitada a causa de su dependencia de las materias primas, la habilidad de utilizar su influencia regional como recurso de poder se torna esencial (LSE Ideas 2014, 21). La UEE funciona como el marco garante de dicha estrategia. Sin embargo, estas ambiciones geopolíticas de Moscú podrían funcionar como un obstáculo para lograr una integración multilateral equitativa y legítima que se desarrolle y potencie a través del tiempo.

Al mismo tiempo, es posible identificar por lo menos otras tres áreas de debilidad que funcionan como obstáculos para la proyección del proceso de integración regional e impactan negativamente sobre la consolidación del poder de Rusia en su esfera de influencia histórica.

En el ámbito **político** si bien la estructura de la UEE le ha permitido a Rusia pasar de ejercer un “bilateralismo hegemónico” con los Estados ex-soviéticos a una “hegemonía suave”, buscando alinear las políticas exteriores de estos actores con sus propios intereses (Wolczuk y Dragneva 2017, 6-7), su dominio excesivo sobre el proceso de integración no ha pasado desapercibido para el resto de los miembros, generando tensiones y rispideces, tal como ha sido el caso de Kazajistán y Kirguistán⁴.

Kazajistán no solo es el Estado más extenso del bloque luego de Rusia, sino que también es la segunda economía más importante del mismo (aunque lejos del 84% que representa la Federación Rusa). La política del

⁴ Para conocer con mayor profundidad los casos de los otros dos miembros, Armenia y Bielorrusia, y también el conflicto con Ucrania en este contexto ver *The Eurasian Economic Union: Deals, Rules and the Exercise of Power* disponible en: <https://www.chathamhouse.org/publication/eurasian-economic-union-deals-rules-and-exercise-power> (consultado el 14 de octubre de 2017).

expresidente Nursultan Nazarbayev (en el poder desde 1991 hasta 2019) buscó utilizar sus recursos de gas y petróleo como plataforma para jugar un papel destacado a nivel internacional, presentándose como el “*bright spot*” de la región centroasiática. Esta política pretendió mantener lazos diversificados (“*multi-vector foreign policy*”) con los principales actores del sistema internacional (fundamentalmente China, Rusia, la UE y Estados Unidos) de tal manera de evitar quedar a merced de la voluntad de uno de ellos. En este sentido, la UEE ha sido para Kazajistán tanto una oportunidad como un desafío. Se presentó como una oportunidad en el sentido de otorgarle un trato preferencial de acceso a un mercado de 180 millones de personas. Al mismo tiempo, ha encontrado en la UEE una limitación al accionar de Rusia. Al respecto, según el realismo ofensivo, los Estados más débiles ven los acuerdos de integración regional como un intento de contener el ejercicio de poder hegemónico de un miembro más poderoso (Perrota 2013, 33). En esta línea, Kazajistán ha logrado limitar la agenda de la UEE a la integración económica (Wolczuk y Dragneva 2017, 7). Sin embargo, al mismo tiempo, mientras que las ventas de Kazajistán hacia Rusia solo representan un 10% del total de sus exportaciones, sus importaciones desde Rusia representan un 34,45% del total (Banco Mundial, 2017). Esta relativa dependencia implica riesgos, en tanto su política deberá balancear de forma inteligente entre el enfrentamiento reiterado Rusia para limitar sus aspiraciones hegemónicas en la región y los peligros que implicaría perder a uno de sus principales socios comerciales.

En cuanto a Kirguistán, su dimensión territorial lo convierte en el Estado más pequeño (y más pobre) de Asia Central. Sin embargo, luego de Rusia, este pequeño país es el que mantiene los vínculos económicos más extensos de la organización (cuyos miembros mantienen, en general, escasos lazos comerciales entre ellos, a excepción de Rusia). En el 2015 la UEE representó el 42% de su actividad comercial (Wolczuk y Dragneva 2017, 8). Quedar fuera de esta organización hubiese acarreado más costos que beneficios para el país, en tanto hubiese implicado que se mantengan barreras tarifarias y no tarifarias que afectasen su acceso al mercado ruso y kazajo, reduciendo así los márgenes de competitividad de sus productos. Una vez más, a pesar de los beneficios económicos, se perciben los temores a la dependencia.

En ambos casos, la tensión entre dependencia económica y temor a la absorción política han limitado el despliegue de una integración más sólida dentro del bloque, limitando al mismo tiempo la capacidad de Rusia para expandir sus intereses sobre la región.

En el ámbito **institucional**, la UEE ha buscado adoptar el modelo de la Unión Europea hacia el espacio post-soviético. Este modelo responde fundamentalmente a la idea de una organización supranacional en la cual gradualmente gran parte de las decisiones soberanas que hoy recaen en manos de los Estados miembros se diluyan en organismos externos con cada vez mayor capacidad de llevar adelante y profundizar el proceso de integración. Sin embargo, este modelo encuentra varias dificultades en la UEE.

Una de ellas se relaciona con el propio origen de la organización. Así como la UE surgió como un acuerdo entre potencias para evitar repetir las experiencias de guerras pasadas, la UEE fue pensada desde sus inicios más bien como un proyecto de consolidación del liderazgo ruso en aquel espacio. Si el primero se desarrolló para limitar los liderazgos, el segundo se desplegó para consolidarlo. Esto, indefectiblemente, conlleva tipos de compromisos distintos. Mientras la UE se estableció desde principio como un compromiso más profundo, que dependía del cumplimiento de las partes para evitar errores pasados, la UEE se ha caracterizado por una falta de compromiso entre sus miembros dada la desconfianza de los actores más débiles. Estos en general persiguen objetivos más bien limitados al campo económico y han buscado en reiteradas ocasiones limitar la expansión del bloque hacia espacios políticos.

Esta falta de compromisos genera objetivos y expectativas disímiles, que han evitado la profundización del proceso de integración. Esto se ve reflejado en la conformación de los órganos de toma de decisiones: tanto en su Consejo Supremo como en su Consejo Intergubernamental y en una de sus dos comisiones económicas, las decisiones deben ser adoptadas por consenso, lo que limita el carácter supranacional del organismo y suele congelar el proceso de toma de decisiones⁵.

⁵ Cabe destacar que la comisión restante, aunque requiere “únicamente” de una mayoría calificada de dos tercios para la aprobación de medidas, no está habilitada para tomar decisiones en cuestiones calificadas como “de carácter sensible”.

La falta de instituciones comunes con cierto grado de independencia busca minimizar la disrupción con las instituciones domésticas y las líneas políticas de los miembros (Wolczuk y Dragneva 2017, 13-17). Ahora bien, lejos de contener a Rusia, este diseño facilita que el Kremlin pueda utilizar su carácter de centro económico del bloque para presionar y alinear las decisiones de los miembros en particular y del bloque en general con sus objetivos e intereses de política exterior. Una organización internacional fundada sobre la base del poder económico y político de un solo miembro debe adoptar un diseño institucional propio diferente al europeo que pueda adquirir mayor independencia a la vez que ofrecer herramientas y recursos a los Estados más débiles en aquellas áreas donde su soberanía puede ser perjudicada de manera más sensible. El éxito de este diseño aún es dudoso.

Finalmente, en el plano **económico**, la UEE afronta las dificultades propias de los países que la integran, por su reciente surgimiento y por el contexto internacional en el cual emerge. Según datos oficiales⁶, la UEE aporta el 3,2% del PBI mundial (lo mismo que aporta el Reino Unido por sí solo), el 3,7% de las exportaciones totales y el 2,7% de las importaciones. Según señala Crisis Group (2016), si bien la creación de una Unión Aduanera Euroasiática (la antesala de la UEE) en 2010 supuso un impulso al comercio entre los miembros (sin contar Armenia y Kirguistán en aquel momento) del 32,1% en 2011, y de un 7,5% en 2012; desde entonces dichos intercambios sufrieron una notable caída como consecuencia de la desaceleración de la economía de Rusia. También debe advertirse que difícilmente pueda preverse un crecimiento sustancial de estas economías, dada la necesidad de importantes inversiones en infraestructura que permitan paliar la situación de *land-locked countries* que caracteriza a casi todos los miembros. También se proyecta difícil alcanzar acuerdos para evitar guerras económicas y la supresión de barreras no-arancelarias (Wolczuk y Dragneva 2017).

Podemos concluir entonces que, desde su constitución, la Unión Económica Euroasiática, si bien con importantes características de integración económica, ha sido más bien una herramienta política. La posibilidad que otorga a Rusia de expandir sus intereses en la región han

⁶ Datos disponibles en el sitio oficial de la Unión Económica Euroasiática en: <http://www.eaeunion.org/?lang=en#about> (consultado el 18 de octubre de 2017).

sido al mismo tiempo el principal promotor y limitante de esta iniciativa. Teniendo en cuenta que en Asia Central la organización solo cuenta con la membresía de Kazajistán y Kirguistán, la inclusión de nuevos miembros y su proyección sobre el resto de la región centroasiática dependerá del atractivo que presente el bloque ante una eventual recuperación económica de Rusia y su consolidación para presentarse como un espacio funcional al crecimiento y desarrollo de las economías de posibles nuevos miembros.

IV. Belt and Road Initiative: la gran apuesta china

China ya se ha convertido en un poderoso actor internacional, siendo el país más poblado del mundo, la segunda mayor economía y un inversor significativo en la modernización de sus fuerzas armadas (Albert 2017). Tal como reconoce la corriente realista, el poder económico funciona en el caso de China como su poder latente o potencial, el que le permitirá la expansión de sus intereses (respaldados por crecientes fuerzas armadas) en el futuro. Si bien la solidez y el volumen de la economía de un Estado pueden considerarse como un recurso de poder en sí mismo (permitiendo la aplicación de premios y presiones económicas), la misma guarda la particularidad de poder ser dirigida hacia otras áreas de poder, con el fin de robustecerlas, impulsarlas o modificarlas de tal manera de que puedan acercarse a los intereses buscados. El poder económico de un Estado guarda íntima relación con su poder militar en incluso con su poder blando (Nye, 2004).

La iniciativa actualmente conocida como “*Belt and Road Initiative*” (BRI), anteriormente popularizada como “*One Belt, One Road*” (OBOR), se enmarca como uno de los íconos más recientes en materia de política exterior china y representa la utilización de su capacidad económica y financiera para impulsar proyectos de infraestructura, pensados en un marco de conectividad regional, pero con impacto en el comercio mundial. Desde su lanzamiento en 2013 ha sido pensada como una herramienta fundamental para una China que busca construir un liderazgo internacional más responsable y protagónico a partir de la defensa de una globalización basada en la integración económica y un desarrollo inclusivo y sostenible. BRI cubre el 65% de la población mundial, tres cuartos de los recursos

energéticos globales y el 40% del PBI mundial alcanzando alrededor de 60 países con los cuales China mantiene un volumen de comercio que excede el trillón y medio de dólares (Campbell 2017). La magnitud de esta iniciativa y su falta de parámetros específicos incluso ha llevado a varios académicos a desconfiar de las posibilidades de su concreción.

La iniciativa no posee una estructura institucional formal ni tampoco pretende crear una, pues la falta de una organización basada en reglas e instituciones internas le otorga mayor apertura y flexibilidad, extendiendo indefinidamente su alcance geográfico (European Council on Foreign Relations 2016).

BRI puede ser analizada desde múltiples aristas, partiendo de su impacto económico en los Estados receptores de los proyectos, pasando por su potencial capacidad para redefinir el comercio mundial, así como la respuesta que genera en otros actores internacionales de peso. En el contexto de esta investigación, BRI únicamente será analizada desde sus alcances, intereses y desafíos en Asia Central. Es fundamental atender a las consecuencias que tiene y tendrá su expansión sobre esta región en las relaciones de China con la Federación Rusa.

Desde la perspectiva euroasiática, BRI se define como una propuesta que plantea “interconectar los países y economías del continente euroasiático por medio de una serie de proyectos con foco en el desarrollo de infraestructura y la conectividad, sumado a la coordinación de planes de desarrollo nacional y regional” (SIPRI 2017, 2) aunque con implicancias en términos de estrategia y seguridad. En otras palabras, la República Popular China pretende recrear la antigua Ruta de la Seda, fundamentada en una fuerte base financiera en forma de préstamos e inversiones para la construcción de infraestructura que permita agilizar las rutas comerciales de los productos desde y hacia China. En este contexto, la inclusión de la gran masa continental centroasiática resulta fundamental en tanto se presenta como el puente natural de conexión entre Asia Pacífico y el Sudeste Asiático con Europa Oriental, Europa Occidental y Medio Oriente. La ruta continental que plantea la iniciativa es esencial para atravesar esta región.

La debilidad económica de Rusia en la región tras la caída del precio del crudo y las sanciones económicas derivadas del conflicto en Ucrania y la ausencia de dominación norteamericana sobre la misma (contrariamente de lo sucedido en el este asiático) impactan como catalizadores primarios de la

penetración de China en la región (Spanger 2016). Según el *Stockholm International Peace Research Institute*, se pueden identificar al menos siete motivaciones que impulsan los intereses chinos en la región centroasiática, a mencionar (SIPRI 2017, 6-10):

- la necesidad de alcanzar y expandirse en nuevos mercados para balancear el crecimiento y garantizar así la seguridad económica doméstica. Al respecto, China ve necesario expandir y exportar la sobrecapacidad de producción en materia de construcción a causa de la saturación del mercado interno;

- promover una mayor integración con sus vecinos, liderando el desarrollo y la estrategia de conectividad regional. Esto le permite a la vez posicionarse en su vecindario, ampliando su *soft-power* y su influencia política y diplomática;

- asegurar sus rutas energéticas, creando nuevas rutas alternativas y/o reforzando la seguridad por la vía marítima;

- hacer del renminbi una divisa de uso internacional o, al menos por el momento, de uso regional;

- mitigar las amenazas provenientes de países vecinos, fundamentalmente, a través de la cooperación económica;

- conformar un nuevo orden de seguridad en Asia, adquiriendo un rol más protagónico;

- avanzar sobre Asia continental (hacia el oeste) en tanto su avance sobre Asia Pacífico ha encontrado mayor resistencia y limitaciones por la mayor presencia de Estados Unidos y de sus aliados.

Como se puede apreciar, los intereses mencionados comprenden un abanico que se extiende desde lo económico a lo geoestratégico, de lo doméstico a lo internacional. Si bien la iniciativa BRI se sustenta en una visión económico-comercial, esta funciona como una estrategia multipropósito. Justamente, la extensión hacia otras áreas que proyecta la iniciativa es de alguna forma lo que despierta la desconfianza de sus vecinos. BRI ha sido definida como el programa de política exterior más ambicioso desde la fundación de la República Popular en 1949 (SIPRI 2017, 1) y el legado insignia de Xi Jinping en las relaciones exteriores de China (Cooley 2016). La magnitud de esta iniciativa y los objetivos que persigue China por medio de la misma la definen como uno de los principales intereses nacionales del país. Como tal, sus proyectos deben ser

resguardados en una región de notable inestabilidad. A medida que se acrecienten y se materialicen los intereses económicos de China en la región, mayor será la necesidad de garantizar la seguridad de estos. Esta cuestión despierta la atención de sus vecinos, quienes ven este avance como potencialmente riesgoso para sus intereses y hasta para su soberanía.

La visión china de BRI debe enmarcarse en las nuevas concepciones acerca de la seguridad internacional. Particularmente, las amenazas que pueden ser identificadas en detrimento de la iniciativa y que hacen a la inestabilidad de la región son, en primer lugar, los denominados “tres males”: el extremismo, el fundamentalismo y el terrorismo; y en segunda instancia las disputas territoriales, los riesgos económicos y financieros (seguridad económica), el crimen organizado, la piratería, la seguridad humana y social, entre otras (SIPRI 2017, 15). En este sentido, ya no es posible definir la seguridad de un Estado exclusivamente en términos militares. El campo de la seguridad internacional se ha ampliado y ya no es válida la distinción entre alta y baja política, porque los temas ambientales, económicos y sociales han adquirido una relevancia mayúscula, en tanto adquieren dimensiones transnacionales por los efectos negativos de la globalización (Battaleme 2013, 138). La magnitud de BRI no solo hace a la seguridad económica de China y los países receptores, sino que potencialmente también puede colisionar con lo que estos entienden como su seguridad política y social.

Las amenazas en seguridad en el mundo de hoy tienden a ser multifacéticas y amplias, por lo cual destaca la necesidad interestatal de dialogar y cooperar para hacer frente a las mismas; debiendo estas relaciones ser construidas bajo los principios de confianza y beneficio mutuo, igualdad y coordinación. Ello requiere de canales flexibles, tales como mecanismos multilaterales de diálogo y foros, o mecanismos de construcción de confianza de tipo bilaterales.

Ahora bien, como ya se ha mencionado, BRI no posee una estructura institucional formal, sino que promueve más bien acuerdos de tipo bilaterales. En tanto uno de los interlocutores es la segunda economía más grande del mundo, el resto de los participantes encuentra una visible desventaja en negociaciones que se plantean desde una posición asimétrica y que pueden ser utilizada como plataforma de proyección e influencia política y económica.

Si bien los cinco países que integran la región de Asia Central no conforman parte importante del PBI global y sus volúmenes comerciales son relativamente escasos, la región mantiene su importancia en tanto representa el principal *hub* logístico natural que podría conectar Asia con Europa y Medio Oriente. De hecho, según declaraciones de los propios presidentes, la región está interesada en convertirse en aquel puente para aprovechar los beneficios políticos, económicos y sociales que de ello se derivaría. Sin embargo, grandes oportunidades como esta siempre implican costos a cambio: Los Estados son actores auto interesados y China no es la excepción.

El principal interés de los Estados de Asia Central está enfocado en la oportunidad, a partir de BRI, del desembolso de cuantiosas sumas de dinero en proyectos de infraestructura que permitan mejorar el profundo déficit que posee la región en esta materia, que resulta fundamental para hacer frente a los obstáculos inherentes de ser una *land-locked region*. De hecho, China también se encuentra interesada en esta posibilidad, en tanto atravesar la gran masa euroasiática constituye una prioridad para alcanzar sus objetivos de conectividad con el resto del mundo. La infraestructura pre-existente en la región daba cuenta de los vestigios de las sólidas conexiones que tenían estas ex repúblicas soviéticas con Moscú, donde caminos, rutas, vías y tuberías conformaban una red destinada a satisfacer las necesidades geopolíticas de la época, resultando en la falta de desarrollo de estructuras orientadas hacia el este o hacia el sur. El desarrollo de una red de infraestructura diversificada no solo les permitirá a los países de la región aumentar su productividad e incrementar los volúmenes de exportación y multiplicar sus mercados, sino que los tornará un punto de atracción para la llegada de inversiones de diversa índole.

Si bien se puede entrever que las principales motivaciones de los cinco países de Asia Central para plegarse a la iniciativa BRI son económicas (infraestructura, comercio, conectividad, desarrollo), detrás también podemos identificar cuestiones de índole política. Desde la disolución de la URSS, estos Estados han buscado sostener e incrementar sus niveles de independencia y soberanía respecto de Rusia, de quien aún se mantienen altamente dependientes. Por tanto, la diversificación de sus mercados y la posibilidad de incrementar el flujo de inversión extranjera directa que

permitiría BRI implican también un posible resguardo frente a una creciente dependencia de Moscú (Cooley 2016, 9).

En tanto la dependencia de China puede ser para estos países tan perjudicial como la dependencia de Rusia, el gran desafío de Asia Central consiste en hacer uso de las ventajas políticas y económicas que extiende la iniciativa BRI al mismo tiempo que atiende sus potenciales amenazas. En sintonía con esto, uno de los grandes desafíos con los que ha tenido que lidiar Beijing han sido las dudas y resquemores que ha generado su extraordinario crecimiento económico y militar. Buscando minimizar esta concepción, que desfavorece su capacidad de convertirse en un líder internacional responsable, China ha buscado dejar garantía de su política de “crecimiento armonioso” en el Plan de Acción acerca de BRI. Allí destaca la necesidad de lidiar con la inseguridad internacional a través de acciones conjuntas y cooperativas, y propone a BRI como una iniciativa pacífica, inclusiva e integradora, que bajo ningún aspecto deba ser considerada como un juego de suma cero.

Ahora bien, varios académicos cuestionan que los fines de la iniciativa se limiten exclusivamente a la promoción de la integración económica, el desarrollo sustentable y una cooperación mutuamente beneficiosa, haciendo hincapié en el riesgo de que Asia Central se traslade desde la órbita de dependencia de Moscú a la órbita de Beijing. Muzalevsky (2016), por ejemplo, sostiene que indudablemente el papel protagónico que ha adquirido China en Asia Central en materia económica implicará la necesidad de expandir su rol militar en términos de seguridad en un marco de asistencia e intercambios bilaterales y a través de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS). Si bien por el momento no se estipulan bases militares ni tropas en la región, los Estados centroasiáticos deberán elaborar una estrategia clara que permita evitar una disputa entre Rusia y China en la región, advirtiendo las probables fricciones entre los intereses de ambas potencias en la zona.

A las cuestiones militares se le añaden los posibles “condicionamientos políticos” de recibir inversiones chinas. Tal es el caso del apoyo a la política de “una sola China” e incluso la solicitud de apoyo a su posición sobre la cuestión del Mar del Sur de China (Cooley 2016, 9), lo cual no implica solamente tomar una posición con respecto al resto de los Estados

involucrados en la disputa, sino fundamentalmente contra los Estados Unidos.

Como puede observarse, más allá de plantearse como una iniciativa económica y comercial, BRI funciona como una estrategia multipropósito cuyos impactos sobre los países receptores de inversiones serán variados y difíciles de predecir. En tanto los mismos forman parte de una región estratégica tanto para China como para Rusia, deberán equilibrar sus propios objetivos e intereses de forma delicada con los de ambas potencias para evitar las confrontaciones, siempre costosas y pocas veces necesarias.

V. La seguridad regional en agenda

Tal como América Latina ha sido definida históricamente como el “patio trasero” de los Estados Unidos, de igual forma se define Asia Central para la Federación Rusa, o también como los expertos la denominan, su “*near abroad*”. El manejo de estos espacios resulta esencial para la legitimación de un gran poder como tal. Y más aún para Rusia, cuya debilidad política y económica en la región (más aún a partir del 2014) la han llevado a consolidar y reforzar una serie de iniciativas multilaterales que le permitan impulsar su decaído poder relativo a nivel global. Lo contrario observamos en China que, a partir de su notable expansión económica, ha desarrollado sus iniciativas multilaterales para extender sus intereses en forma de medidas de construcción de confianza o como medidas de legitimación en vías de consolidarse como un gran poder.

La Unión Económica Euroasiática (UEE) y la *Belt and Road Initiative* (BRI) no son las únicas iniciativas impulsadas por Rusia y China para colisionar sus intereses. Más allá de su importancia estratégica en términos económicos, Asia Central es fundamental para ambas potencias en términos de seguridad dada su proximidad geográfica. Los desafíos que la región enfrenta en términos de la debilidad de sus instituciones (governabilidad y corrupción), el terrorismo y los movimientos extremistas nacionalistas y separatistas impactan directamente sobre las grandes potencias que la rodean. Si bien el éxito de las iniciativas económicas anteriormente descritas podrá aportar relativa estabilidad a la región, es probable que esta no sea considerada suficiente para los intereses de proyección global de las

grandes potencias. A pesar de que el realismo generalmente plantea la irrelevancia de las periferias para las grandes potencias, esta a veces puede resultar relevante para sus intereses vitales, ya sea porque la inestabilidad local puede ser peligrosa para la potencia por cuestiones de proximidad, por su posición geoestratégica, o por el hecho de que reúne en su territorio una cuantiosa masa de inversiones de la gran potencia (Escudé 1995).

Si bien ya han superado variados conflictos y disputas, la confianza entre los cinco “stanes” que componen Asia Central aún es acotada, por lo que la cooperación también lo es. Esto ha hecho que, hasta el momento, hayan sido inconsistentes en la formulación de agendas o estructuras cooperativas de seguridad (Allison 2004, 463). La coordinación de sus políticas de defensa y seguridad siempre fue muy limitada. Entonces, como puede verse, en el plano de la seguridad se replican las mismas circunstancias que en el plano económico, puesto que las repúblicas centroasiáticas no han podido desarrollar estructuras de cooperación efectivas, delegando en última instancia esta función a las grandes potencias que las rodean. Es así que Rusia y China han liderado la estructuración de las agendas de seguridad en Asia Central mediante iniciativas multilaterales desde comienzos de siglo.

Se destacan en este sentido la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), liderada por Rusia, y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), impulsada fundamentalmente por China, pero co-liderada con Moscú. Creadas a principios del siglo XXI, ambas organizaciones tienen una antesala en iniciativas preexistentes. En el caso de la OTSC, la misma tiene su antecedente más próximo en el Tratado de Seguridad Colectiva de 1992, mientras que la OCS encuentra sus bases en el grupo “Shanghái 5” de 1996 que buscaba llevar adelante medidas de construcción de confianza y desmilitarización de la frontera sino-soviética para asegurar la estabilidad de la seguridad regional. Si bien, como se verá, comparten una preocupación común en torno a la estabilidad centroasiática, estas organizaciones no solo poseen niveles de importancia diferenciados para Rusia y para China, sino también para los Estados de Asia Central. Asimismo, sus funciones y competencias divergen en varios aspectos, lo que impacta sobre su competencia para establecer de manera exitosa una agenda común organizada en torno a la seguridad para la región. A continuación, se realiza un análisis detallado de las mismas.

VI. Cuidar el patio trasero: la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva

Esta organización tiene su origen en el Tratado de Seguridad Colectiva de 1992 firmado en el marco de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) entre Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán. Se trató de un acuerdo entre Rusia y las ex-repúblicas soviéticas diseñado para impulsar y facilitar la cooperación en términos de seguridad. En mayo del 2002 se tomó la decisión de crear la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) integrada por Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Armenia y Bielorrusia al día de hoy. En 2012 Uzbekistán suspendió su membresía. La decisión de su creación radica en los planes de crear una fuerza de reacción rápida necesaria para reforzar el principio de seguridad colectiva. A ello se le suma el proyecto de un sistema de defensa aéreo común y la coordinación de las políticas de seguridad y defensa (Global Security s/f).

Sin embargo, el verdadero trasfondo de su creación es mucho más simbólico y refiere a la necesidad de consolidar una alianza militar de trascendencia donde Rusia consolide su liderazgo de facto. En línea con lo propuesto por Hurrell, Rusia, como potencia en declive, se ha aprovechado de esta organización multilateral para perseguir sus intereses, resolver problemas comunes con los demás miembros, y generar apoyo internacional y legitimidad para sus políticas (Facon 2013, 464).

Para Moscú el principal objetivo es hacer de la OTSC la mayor estructura de seguridad de Asia Central, lo cual no excluye la posibilidad de entablar acuerdos cooperativos entre esta organización y la OCS o la OTAN. Pero, aun así, se advierte que la OTSC es utilizada para crear una apariencia de apoyo internacional a las operaciones de Rusia, haciendo que las mismas parezcan inspiradas en intereses colectivos. Moscú busca crear así una apariencia de consenso en torno a su hegemonía en la región, desalentando el avance de otros actores internacionales en las cuestiones de seguridad de Asia Central y reforzar su auto-adjudicado espacio de influencia (Socor 2011). Es posible entonces definir dos prioridades de la política exterior rusa en torno a Asia Central (Facon 2013, 465). La primera de ellas plantea

mantener esta región fuera del alcance de lo que Moscú llama los “poderes extra-regionales”; mientras que la segunda, una prioridad compartida por toda la OCS, se refiere a contener la inestabilidad regional de tal manera de asegurar la seguridad nacional.

En primer lugar, la OTSC fue ideada como una herramienta para minimizar la influencia de los Estados Unidos y de otros países occidentales en Asia Central (McDermott 2007) a través de acuerdos en el marco de la Unión Europea y la OTAN. En este sentido, el artículo 7 (siete) de la carta de la organización establece que cualquier grupo de fuerzas o facilidades militares que pretendan instalarse en el territorio de alguno de los países miembros deberá ser acordado previamente tras una reunión de consulta de carácter urgente. Esto no impide que puedan alcanzarse acuerdos con Estados y organizaciones internacionales interesadas en cooperar en este marco. Sin embargo, la desconfianza de Rusia respecto a la injerencia de otros actores en su región de influencia se ha profundizado, tal como lo demostraron los sucesos ocurridos en Ucrania en 2014. Para el Kremlin, la influencia de terceros en la región implica un juego de suma-cero. Esta percepción se profundiza en especial frente a la presencia de los Estados Unidos en tres áreas clave: los esfuerzos para construir corredores energéticos (gasoductos y oleoductos) que no necesariamente atraviesen territorio ruso, el apoyo a las llamadas “revoluciones de color” asociadas a la democratización de la región y el establecimiento de bases militares en la misma (Gorenburg 2014, 26).

Frente a este tipo de percepciones históricas por parte de Rusia hacia terceros actores que buscan ejercer influencia en el Asia Central, no resulta extraño entonces que recientemente haya puesto su atención en la creciente influencia financiera, económica, energética y estructural de China en la región. Sería comprensible que Moscú desconfíe de que, en el mediano y largo plazo, el poder económico de Beijing implique el despliegue de una mayor presencia militar por parte del gigante asiático.

A nivel global, la Federación de Rusia es el segundo mayor exportador de armas en el mundo y específicamente es el principal proveedor de equipamiento militar y entrenamiento para los Estados de Asia Central desde la disolución de la Unión Soviética (Gorenburg 2014, 26). Esta interacción en términos de seguridad no solo se plantea en el marco de acuerdos bilaterales, sino que la OTSC ha funcionado como una plataforma

para la multilateralización de estos acuerdos, de tal manera de alcanzar resultados más efectivos por medio de la cooperación en la coordinación de políticas y sistemas de defensa y seguridad. La constitución de este canal, más allá de las dificultades y limitaciones que posee hoy en día, responde a la identificación de problemas comunes que sobrepasan la capacidad de las débiles economías de Asia Central para hacer frente a las mismas. Tal consenso quedó expreso en el artículo 8 de la carta de la OTSC que ubica al terrorismo internacional, al extremismo, al tráfico ilícito de drogas y sustancias, a la inmigración ilegal y a otras amenazas a la seguridad nacional de esos Estados como punto de encuentro para el trabajo conjunto.

Una mirada más minuciosa deja a la luz que, a pesar de estar agrupados en torno a una misma región y enfrentar problemas comunes, la corrupción, la debilidad económica dada por la divergencia en la distribución de los recursos, las disputas interestatales, los intereses regionales y la presencia de grupos radicalizados tanto internos como externos, lleva indefectiblemente a que los niveles de percepción de las amenazas, las capacidades militares y las estrategias sean diferentes. De alguna manera, esto también explica por qué estos Estados no han podido trabajar como una región autónoma, y más bien siempre han requerido de una potencia externa que articule la agenda en esta materia.

La forma en que estos Estados han hecho frente a estas amenazas ha dependido de sus capacidades militares existentes, la profesionalización de su personal, de sus recursos económicos para ser destinados a la compra de nuevo equipamiento y de sus vínculos no solo con el resto de la región sino también con poderes extra-regionales. Una primera aproximación permite advertir que únicamente Kazajistán y Uzbekistán poseen fuerzas militares sólidas y cuentan además con recursos para ser destinados a la modernización de estas. Kirguistán, Tayikistán y Turkmenistán, por su parte, poseen capacidades militares escasas y dependen mucho más de la asistencia externa para poder hacer frente a las amenazas.

En este contexto, el rol de Rusia en organizar la agenda de defensa y seguridad de la región ha sido fundamental, teniendo en cuenta que esto también constituye una prioridad para su propia seguridad nacional. La inestabilidad de su zona más próxima sin dudas representa una amenaza directa a sus intereses nacionales. Frente a esto, la OTSC ha sido la forma de aglomerar a algunos de estos cinco Estados de tal forma de suavizar las

rispideces existentes y coordinar políticas de defensa y seguridad que permitan hacer frente de manera efectiva a las amenazas propias de esta región que incitan su inestabilidad.

Si bien Rusia acciona como proveedor general de seguridad y estabilidad de Asia Central, los países miembros de la OTSC encuentran variadas ventajas. Las repúblicas centroasiáticas miembro (Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán) se ven principalmente beneficiadas a partir del acceso a equipamiento de defensa a menor precio. En este sentido, es importante tener en cuenta que el legado soviético en términos doctrinarios y de equipamiento con el que cargan tiene como consecuencia que las armas rusas resulten familiares y, en general, técnicamente compatibles con los equipos existentes. En cuanto a Rusia, su complejo militar industrial se vio beneficiado a partir del aseguramiento del mercado centroasiático.

Rusia ha desarrollado diversos programas de entrenamiento y ejercicios militares con las fuerzas armadas de los Estados de la región (Gorenburg 2014, 26). Bajo el paraguas de esta organización se han llevado a cabo numerosos ejercicios de contra-terrorismo, otros orientados a mejorar la integración del sistema de defensa aéreo, y ejercicios de mantenimiento de paz. Tal vez el hecho más destacado de la interacción multilateral haya sido la constitución de una Fuerza Colectiva de Reacción Inmediata en el año 2009, cuyas tareas se centran en contrarrestar la agresión militar, conducir operaciones anti-terroristas y combatir el crimen transnacional y el tráfico de drogas, buscando mejorar la interoperatividad de sus fuerzas (Facon 2017, 14). Sin embargo, este grupo es desproporcionado en su composición, siendo Rusia quien mayor aporta en cuanto a equipo y personal. Esta cuestión no solo se refleja en la composición de esta nueva fuerza, sino en la organización multilateral en sí misma, aportando Rusia el 95% del total del gasto militar.

El mayor valor de la OTSC proviene de sus aspectos políticos. Al nivel de los cinco Estados de Asia Central, la organización es vista como un mecanismo que permite limitar el poder de Rusia en el marco de una estructura institucional con normas y procedimientos donde el resguardo de la soberanía, la independencia y la integridad territorial funcionan como base. Sin embargo, ello es discutible en tanto las asimetrías fácticas vinculadas a la desigualdad en la distribución relativa de poder pueden

funcionar como mecanismos de presión para obtener los resultados deseados.

Por parte de Rusia, el mayor valor de la organización intergubernamental proviene también de sus aspectos políticos. La misma permite a Moscú esparcir y profundizar su influencia, reforzando las condiciones de dependencia preexistentes y previniendo el ingreso de otras potencias extraterritoriales. En tal sentido, es menester resaltar que, según la carta fundacional de la organización, la membresía limita las acciones y acuerdos que algún otro Estado u organización puedan alcanzar con los Estados miembro sin la autorización del Kremlin (Keaney 2017).

Las diferencias en términos de aportes, así como las asimetrías de recursos (económicos y militares) entre sus miembros mantienen a Rusia, sin discusión, como el líder de facto de la organización. Sin embargo, esto no ha sido suficiente para convertir a la OTSC en la poderosa herramienta que Moscú esperaba. Más bien, varios líderes regionales coinciden en caracterizar a la organización como un “tigre de papel”, en tanto su fuerza y reales capacidades se encuentran limitadas a una pila de documentos y acuerdos (McDermott 2007). La principal crítica se origina a partir de la falta de decisión o de la incapacidad para que el bloque pueda intervenir o intermediar en diversos conflictos. En 2010, por ejemplo, frente a hechos de violencia desatados al sur de Kirguistán a partir de un conflicto étnico entre uzbekos y kirguisos, mientras que el gobierno de Uzbekistán solicitó al Secretario General de la OTSC la intervención, este alegó que se trataba de un conflicto de carácter doméstico, área en la cual el bloque no tiene capacidad de intervención por sus máximas de respeto a la soberanía, la independencia y la integridad territorial. Situación similar se dio cuando en 2012 el presidente bielorruso solicitó la intervención en la región al este de Tayikistán ante el enfrentamiento entre rebeldes y las fuerzas militares tayikas, intervención también denegada (Chausovsky 2017).

A pesar de estas cuestiones, la construcción de una agenda de seguridad coordinada es una prioridad en una región de notable inestabilidad. Para ello, la OTSC continuará siendo una plataforma viable para la realización de ejercicios militares conjuntos y otras formas de cooperación en materia de seguridad.

VII. La influencia militar de China y la Organización de Cooperación de Shanghái

Mientras que China ha profundizado sus vínculos económicos con la región (particularmente en el sector energético e infraestructural), esto no ha ocurrido tan sustancialmente en materia de seguridad. A pesar de que la proximidad y la inestabilidad de los países del Asia Central podría impactar en su propia seguridad, la región no ha sido históricamente una prioridad para la política exterior china. El gigante asiático siempre se ha mostrado reticente a vincularse estrechamente en términos militares con Asia Central por al menos tres razones (Swanström 2015, 3):

- la debilidad de las instituciones centroasiáticas, lo cual demandaría mayores esfuerzos y recursos por parte de China.
- la relativa debilidad de la milicia china para ser desplegada y sostenida de manera permanente en el exterior. Hoy en día, el establecimiento de bases o la presencia de tropas permanentes aún no han sido necesarias, por lo cual su instalación implicaría una erogación de recursos innecesaria.
- el factor Rusia, es decir, el temor por el cual el avance de Beijing en la región genere percepciones de un juego de suma-cero frente al principal proveedor de seguridad de la misma, que promueva innecesarias y costosas tensiones bilaterales entre ambas potencias.

A estas cuestiones pueden, además, añadirse otras de carácter más general, propias de la política china, como su foco en las cuestiones domésticas; por su estrategia militar, en tanto su atención en materia de seguridad está puesta en Estados Unidos, Europa y el Asia-Pacífico; y la probable percepción negativa por parte de los países vecinos que generaría un mayor despliegue militar (Swanström 2015, 2).

Sin embargo, todo esto no significa que China no haya incrementado los niveles de cooperación en seguridad en el pasado reciente. De hecho, en los últimos tiempos China ha comenzado a tomar pequeños pero importantes pasos en torno a una mayor cooperación militar con los Estados de la región e incluso con la propia Rusia, con quienes el Ejército de Liberación del Pueblo ha comenzado a participar en conjunto por medio de la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS). Vale destacar que, si bien esta organización incluye numerosas áreas de cooperación intergubernamental

tales como: seguridad, diplomacia, economía, comercio, cultura y educación, el presente trabajo dará cuenta fundamentalmente de su rol en materia de seguridad en la región.

Teniendo su antecedente en los “Cinco de Shanghái” en 1996, la OCS como tal fue fundada en el año 2001 y actualmente se encuentra integrada por China, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Uzbekistán e India. La misma refleja el pragmatismo de China en Asia Central. Sin generar rispideces con Rusia por su mayor presencia en su histórica zona de influencia, la OCS puede ser presentada como una victoria diplomática por parte de Beijing, en tanto ha logrado crear una agenda común de cooperación en seguridad con el resto de los Estados centroasiáticos y con Rusia en torno a sus principales preocupaciones, como la seguridad fronteriza, el terrorismo, el extremismo y el separatismo (Cabestan 2013).

El terrorismo y el separatismo preocupan a China fundamentalmente como riesgos de infiltración, y el separatismo particularmente a partir de la concentración de la etnia uigur en la región de Xinjiang, en la frontera oeste de China. Según el gobierno chino, tanto Al-Qaeda como los Talibanes han entrenado a un gran número de estos separatistas en Afganistán y Pakistán (Swanström 2015, 7). En este contexto, la cooperación con los Estados de Asia Central (fundamentalmente los fronterizos como lo son Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán) resulta clave en tanto el 83% del comercio total de Xinjiang es con Asia Central, mientras que el 80% del comercio total de China con dicha región atraviesa Xinjiang. Esto significa que la economía y la estabilidad de esta región china dependen de la seguridad y el desarrollo económico de Asia Central (Swanström 2015, 4). Sin embargo, advirtiendo que el desarrollo en materia económico-comercial no puede ser la única estrategia para pacificar y estabilizar a los separatistas y a la frontera occidental, China ha planteado la necesidad de una coordinación y cooperación efectiva en materia de seguridad.

A pesar de que China ha tenido una participación escasa en el aprovisionamiento de armas y de equipamiento a los Estados de Asia Central, sí ha desarrollado, promovido y conducido satisfactoriamente entrenamientos y ejercicios militares conjuntos. La mayor parte de estos fueron llevados a cabo bajo el auspicio de la OCS, con el objetivo de poder llevar adelante su agenda de seguridad en la región sin encender las alarmas de Rusia con respecto a la expansión de China. En realidad, la mayor parte

de las iniciativas bilaterales de Beijing con países de la región son generalmente canalizadas por medio de la OCS de tal manera de contar con el aval de Rusia, permitiendo así reducir las percepciones de amenaza (Gorenburg 2014, 76). Si bien la gran amplitud de temáticas que incluye la OCS contribuye a que la cuestión de seguridad se diluya, esta organización ha dado pasos consistentes en la promoción de la estabilización regional y su lucha contra los “tres males”. A tal efecto cabe mencionar ciertos hitos, como las misiones de mantenimiento de paz, iniciadas en el 2005, el establecimiento de una Secretaría Permanente en Beijing en 2004 (el lugar no es menor e indica la preponderancia de China dentro de la organización) y la creación en el mismo año de de la Estructura Regional Anti-Terrorista (RATS por sus siglas en inglés) con base en Tashkent, Uzbekistán, la cual busca coordinar y mejorar la interoperatividad de las fuerzas participantes, a la vez que comparten información de inteligencia para evitar la profundización de las amenazas no-tradicionales.

Sin embargo, cabe resaltar que, si bien 41% de las interacciones militares del Ejército de Liberación del Pueblo de China se desarrollan con países del continente asiático, el 54% se concentra en 18 países del Sudeste Asiático y casi el 22% en 6 Estados del Sur de Asia. Solamente 12,25% del total de interacciones con la región se llevan adelante en Asia Central (Allen, Saunders y Chen 2017, 48). Esto indica no solo la creciente importancia que está teniendo la región del Asia-Pacífico para China, sino que resalta el hecho de que Asia Central sigue sin conformar una prioridad en su política exterior, a pesar de los riesgos ya mencionados.

La Organización de Cooperación de Shanghái ha sido bien recibida tanto por los Estados de Asia Central como por la Federación Rusa. Con respecto a los cinco “stanes”. En primer lugar debe destacarse la función del bloque como un foro que promueve la creación de acuerdos y consensos entre las repúblicas centroasiáticas miembro, que, como se ha mencionado anteriormente, suelen encontrar dificultades para la cooperación. Las relaciones con el gigante asiático giran en torno a la cuestión de la región de Xinjiang, las inversiones chinas, sus productos baratos, sus necesidades energéticas y la riqueza regional en este recurso, el acceso a su gran mercado, y su activismo cultural y educacional por medio de becas y los Institutos de Confucio (Cabestan 2013, 429). En materia económica, la OCS les permite trabajar en conjunto en torno a proyectos de infraestructura, a

pesar de que ese rol hoy lo ha asumido mayormente la iniciativa BRI. Por otra parte, específicamente en torno a la seguridad, la organización implica la constitución de otro canal para armonizar y coordinar políticas en torno a las amenazas externas e internas que pueden transnacionalizarse. En resumen, para los países del Asia Central, la OCS implica principalmente beneficios antes que amenazas.

En cuanto a Rusia, las limitaciones estructurales de su economía hacen necesario que deba encontrar socios estratégicos y confiables para promover la seguridad y el desarrollo económico de la región. En este sentido, desde la perspectiva rusa, Beijing se ha presentado como un socio que tiene en cuenta la sensibilidad de Moscú respecto a su zona de influencia histórica (Facon 2013, 468-469), en tanto no es sospechoso (como sí lo es Occidente) de llevar adelante una agenda paralela y oculta en Asia Central, contraria a sus intereses. La OCS es vista como una plataforma de discusión regional entre estos dos gigantes que, en materia de seguridad, ayuda a estructurar una agenda de cooperación común. Las discusiones giran en torno a la presencia de Occidente como un factor de competencia e inestabilidad, la cuestión de los “tres males” y la necesidad de asegurar la estabilidad política de los regímenes de la región. En tanto Rusia ya no puede enfrentar los desafíos de manera individual (Facon 2013, 466) ha decidido hacer parte a China de una cooperación responsable. La firma de un Memorándum de Entendimiento entre la OCS y la OTSC en 2007 es una prueba de este acercamiento y la necesidad de hacer frente a amenazas como el terrorismo, el tráfico de armas y de droga, el crimen organizado transnacional y la estabilidad y la seguridad regional en su conjunto.

A pesar de esto, la OCS es aún secundaria para Rusia y es vista como un instrumento más bien simbólico, en tanto se presenta como una vía alternativa para la cooperación con la República Popular China, en tanto lidera su propio espacio de influencia regional a través de la OTSC. En términos comparados, mientras que la OTSC se ha transformado en una alianza militar, la OCS es más bien una estrategia de asociación y vinculación laxa. Moscú pretende que este bloque le permita, al igual que la OTSC, legitimar sus objetivos de política exterior y sus acciones en Asia Central. De esta manera, sus acciones no solo simplemente presentarían el carácter de “intereses colectivos” sino que contarían además, de manera necesaria, con la aprobación de una potencia ascendente como lo es China,

intensificando su peso político y diplomático. En otras palabras, podría decirse que Rusia utiliza la OCS como un instrumento para su propio beneficio, intentando reafirmar su status internacional por medio del prestigio y autoridad de otros (Facon 2013, 476).

VIII. Conclusiones

Conceptualizar las relaciones entre la Federación de Rusia y la República Popular China en torno a Asia Central es una tarea difícil. Ninguno de estos dos grandes poderes representa el modelo realista estándar en sus respectivas políticas exteriores (Ziegler 2010, 233). Si bien se los puede caracterizar como Estados más bien avocados a garantizar la independencia, la soberanía nacional y la exclusividad de sus asuntos internos, ambos han promovido y liderado organizaciones multilaterales que buscan construir de manera coordinada una agenda común económica-comercial y de seguridad en torno a una región con potencial de profundizar su inestabilidad.

El ascenso de la República Popular China es innegable. En la región de Asia Central, en línea con su objetivo de consolidación de un mayor peso internacional, China ha optado por canalizar sus intereses económico-comerciales y de seguridad a través del liderazgo de dos iniciativas, BRI y la OCS. Sin embargo, la región centroasiática ha sido históricamente el “*near abroad*” de la Federación de Rusia. Aunque Beijing parece haber optado por una estrategia poco confrontativa, complementando las iniciativas rusas en la región antes que desafiándolas, las percepciones al respecto por parte de Moscú podrían variar rápidamente, en una zona donde la relación entre ambas potencias puede configurarse como una disputa por el poder y el liderazgo.

Siendo esta una región estratégica para Rusia, cualquier avance de una potencia sobre la misma implica una disminución de su preponderancia y, en última instancia, de su seguridad, configurándose la necesidad de dar respuesta frente a la misma. En línea con lo que plantea el realismo estructural ofensivo (Mearsheimer 2001) podría entenderse a la Federación Rusa como un gran poder que se encuentra disconforme con la distribución de poder actual y que se encuentra constantemente buscando oportunidades que le permitan alterar este equilibrio, ganando poder a expensas de otros

en una región que históricamente ha considerado como parte de su propia esfera de influencia. Es así como Moscú varía constantemente su estrategia en Asia Central entre el balance de poder (para mantener y defender su poder establecido), la legitimación a través de la acción “aparentemente multilateral” y la búsqueda de oportunidades de disputar la creciente influencia de China en la zona.

En materia militar y de seguridad, Rusia aun mantiene una posición privilegiada en la región. De tal manera, en esta agenda se ha mostrado más dispuesta a llevar adelante una estrategia de balance de poder para resguardar su hegemonía. Sin que la misma adquiriera un carácter ofensivo ni amenazante, la alianza militar que constituyó y lidera por medio de la OTSC busca contrabalancear el peso de China dentro de la OCS, reforzando los intercambios militares y los ejercicios conjuntos, así como convirtiéndose en el principal proveedor de armas de la región bajo un sistema de precios preferenciales. Esta misma posición se puede observar propiamente dentro de la OCS en tanto Moscú busca limitar allí los intereses de Beijing en Asia Central, haciendo uso de la necesidad de alcanzar consensos para la toma de decisiones dentro del bloque.

Por otra parte, lo interesante es notar que, en materia económica-comercial, el avance económico de China sobre Asia Central no ha despertado la misma lógica de balance por parte de Rusia. Esto a pesar de que, según Mearsheimer, los Estados prestan cada vez más atención al balance de poder latente además del poder militar (Mearsheimer 2001, 56). Según nuestro análisis, existen al menos dos factores que impiden el completo desarrollo de una estrategia de balance: Por un lado, el hecho de que Rusia no posee la capacidad económica y financiera para poder competir en este ámbito con China, como ha quedado expuesto frente a las limitaciones de la UEE frente a BRI. En segundo lugar, por necesidad: frente a la caída de los precios de los *commodities* y las sanciones económicas aplicadas por los Estados Unidos y la Unión Europea, Rusia necesariamente se vio obligada a redirigir su política exterior hacia el este, topándose fundamentalmente con el gigante asiático. Rusia necesita de una relación comercial beneficiosa con China para superar sus propios problemas económicos sistémicos. Como señala Schweller: “*Simply put, balancing is driven by the desire to avoid losses; bandwagoning by the opportunity for gain*” (Schweller 1994, 74).

El avance de China en términos económicos en Asia Central es innegable, por lo que Rusia ya no se preocupa por las pérdidas sino que ha decidido concentrarse en aprovechar las ganancias de este ascenso. Por tal motivo, China no es percibida por Rusia, al menos en ciertas agendas, como una amenaza directa sino como una oportunidad. Es así como el Kremlin ha desplegado una estrategia de “acoplamiento por interés” en tanto los costos del balance son muy altos. El principal objetivo de esta estrategia es obtener ganancias de los objetivos expansionistas del Estado más poderoso (Schweller 1994, 93-94). En este caso, Moscú pretende hacer uso de los beneficios económicos que generaría el efectivo desarrollo de la iniciativa BRI en Asia Central. Sin embargo, aún busca retener mayor poder de negociación frente a dicho avance de China en la región, principalmente a través de la UEE.

Contrariamente a las prescripciones básicas de la teoría realista, que impone limitaciones a la cooperación entre Estados, fundamentalmente entre los grandes poderes, Beijing y Moscú han desarrollado una agenda común en ciertos ámbitos en la región del Asia Central. Ambas potencias han logrado coordinar y armonizar sus iniciativas a través de la vinculación de cuestiones: Rusia actuando como *free rider* en materia económica y China actuando como tal en materia de seguridad. Podemos advertir así cooperación y hasta “división del trabajo” entre los grandes poderes en la región.

Pero bien, esto no significa la inexistencia de competitividad y búsqueda de liderazgo e influencia en la región centroasiática, sino que más bien la competencia por los espacios de poder se esconde detrás de la cooperación multilateral. Como sostiene Robert O. Keohane (1984, 45) “*institutions are necessary (...) in order to achieve state purposes*”. En otras palabras, las organizaciones internacionales son utilizadas por los grandes poderes para competir, establecer y legitimar sus posiciones en el sistema internacional. Sin desmerecer los intereses comunes de ambas potencias en la región en torno a la seguridad y la estabilidad de los regímenes, ambos actores conocen la dificultad de los Estados que integran el Asia Central para llevar adelante un proceso de integración regional por sí solos. La búsqueda de liderazgo en dicho espacio se define entonces principalmente a través de la promoción de instituciones internacionales que reflejan y canalizan los intereses de Rusia y de China, legitiman sus acciones y así maximizan su

poder en el sistema internacional. La idea subyacente es la de institucionalizar el poder y la influencia de estos grandes poderes.

En este sentido, la ausencia de una estrategia tradicional de balance por parte de Rusia no debe interpretarse como una falta de racionalidad por parte de este actor. En su estrategia de hacer frente a las dificultades económicas, y entendiendo que una confrontación con China sería aún más costosa, el pragmatismo de su estrategia consiste en crear mayores condiciones de confianza y más espacios para la vinculación, de tal manera de reducir la incertidumbre en torno a las intenciones de Beijing, a la vez que incrementa los costos de una confrontación entre ambos. Por el momento, solo un análisis a futuro bajo el constante ascenso de China podrá determinar si la estrategia de Rusia ha funcionado o, por el contrario, la brecha de poder a favor del gigante asiático le permitirá expandirse hacia nuevas agendas en Asia Central y desplazar al histórico hegemón regional. Por ahora, la “división de trabajo” y la cooperación han primado, pero el vertiginoso crecimiento económico y militar de China vaticinan un futuro incierto para todos.

Referencias

- Albert, E. 2017. “China's Big Bet on Soft Power”. Recuperado el 24 de octubre de 2017, de: <https://www.cfr.org/backgrounder/chinas-big-bet-soft-power>
- Allen, K., P. Saunders, y J. Chen. 2017. “Chinese Military Diplomacy, 2003-2016: Trends and Implications”. Recuperado el 08 de noviembre de 2017, de: <http://inss.ndu.edu/Portals/68/Documents/stratperspective/china/ChinaPerspectives-11.pdf?ver=2017-07-17-153301-093>
- Allison, R. 2004. “Regional Structures and Security Management in Central Asia”. *International Affairs* 80 (3): 463-483. Recuperado el 20 de octubre de 2017, de: <http://www.jstor.org/stable/3569020>
- Battaleme, J. 2013. *Los Estudios de Seguridad Internacional*. En E. Llenderozas, Relaciones Internacionales: Teorías y Debates. Buenos Aires: Eudeba.

- Bolgova, I. 2017. "Russia's Political Agenda in the Post-Soviet Space". Recuperado el 7 de mayo de 2017, de: <http://russiancouncil.ru/en/analytics-and-comments/analytics/Russias-Political-Agenda-in-the-Post-Soviet-Space/>
- Buzan, B. 2004. *The United States and The Great Powers. World Politics in the XXI century*. Polity.
- Cabestan, J. P. 2013. "The Shanghai Cooperation Organization, Central Asia, and the Great Powers, an Introduction. One Bed, Different Dreams?" *Asian Survey* 53 (3): 423-435. Recuperado el 20 de octubre de 2017, de: <http://www.jstor.org/stable/10.1525/as.2013.53.3.423>
- Campbell, C. 2017. "China Says It's Building the New Silk Road. Here Are Five Things to Know Ahead of a Key Summit". Recuperado el 27 de octubre de 2017, de: <http://time.com/4776845/china-xi-jinping-belt-road-initiative-obor/>
- Chausovsky, E. 2017. "Why Russia's Military Alliance Is Not The Next NATO". Recuperado el 20 de octubre de 2017, de: <https://worldview.stratfor.com/article/why-russias-military-alliance-not-next-nato>
- Cooley, A. 2016. "The Emerging Political Economy of OBOR". Recuperado el 7 de julio de 2017, de: <https://www.csis.org/analysis/emerging-political-economy-obor>
- Escudé, C. 1995. *El Realismo de los Estados Débiles*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- European Council on Foreign Relations. 2016. "Eurasian integration: caught between Russia and China". Recuperado el 18 de octubre de 2017, de: http://www.ecfr.eu/article/essay_eurasian
- Facon, I. 2013. "Moscow's Global Foreign and Security Strategy Does the Shanghai Cooperation Organization Meet Russian Interests?" *Asian Survey* 53 (3): 461-483. Recuperado el 2017 de octubre de 20, de: <http://www.jstor.org/stable/10.1525/as.2013.53.3.461>
- . 2017. "Russia's national security strategy and military doctrine and their implications for the EU". Recuperado el 06 de Noviembre de 2017, de: [http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/IDAN/2017/578016/E_XPO_IDA\(2017\)578016_EN.pdf](http://www.europarl.europa.eu/RegData/etudes/IDAN/2017/578016/E_XPO_IDA(2017)578016_EN.pdf)

- Global Security. (s/f). “Collective Security Treaty Organization (CSTO)”. Recuperado el 20 de octubre de 2017, de:
<https://www.globalsecurity.org/military/world/int/csto.htm>
- International Crisis Group. 2016. “The Eurasian Economic Union: Power, Politics and Trade”. Recuperado el 14 de octubre de 2017, de:
<https://www.crisisgroup.org/europe-central-asia/central-asia/eurasian-economic-union-power-politics-and-trade>
- Keaney, J. 2017. “CSTO: A Military Pact to Defend Russian Influence”. Recuperado el 21 de octubre de 2017, de American Security Project:
<https://www.americansecurityproject.org/csto-a-military-pact-to-defend-russian-influence/>
- Keohane, R. O. 1984. *After hegemony*. Princeton: Princeton University Press.
- LSE Ideas. 2014. *The Geopolitics of Eurasian Economic Integration*. Recuperado el 14 de octubre de 2017, de:
<http://www.lse.ac.uk/ideas/research/reports/eurasian>
- McDermott, R. 2007. “CSTO: safe choice in Central Asia”. Recuperado el 20 de octubre de 2017, de: <https://jamestown.org/program/csto-safe-choice-in-central-asia/>
- Mearsheimer, J. 2001. *The Tragedy of the Great Power Politics*. Nueva York: Norton Press.
- Movchan, A. 2015). “Just an Oil Company? The True Extent of Russia’s Dependency on Oil and Gas”. Recuperado el 17 de octubre de 2017, de <http://carnegie.ru/commentary/61272>
- Muzalevsky, R. 2016. “China’s Long March Into Central Asia”. Recuperado el mayo de 2017, de: <https://www.stratfor.com/article/chinas-long-march-central-asia>
- Perrota, D. 2013. “La integración regional como objeto de estudio. De las teorías tradicionales a los enfoques actuales”. Recuperado el 23 de octubre de 2017, de:
http://www.academia.edu/4279760/La_integraci%C3%B3n_regional_como_objeto_de_estudio._De_las_teor%C3%ADas_tradicionales_a_los_enfoques_actuales
- Schweller, R. 1994. “Bandwagoning for profit. Bringing the Revisionist State Back In”. *International Security* 19 (1): 72-107- Recuperado el 25 de septiembre de 2017, de: <https://www.jstor.org/stable/2539149>

- SIPRI. 2017. “The Silk Road Economic Belt: Considering security implications and EU-China cooperation prospects”. Recuperado en junio de 2017, de: <https://www.sipri.org/publications/2017/other-publications/silk-road-economic-belt>
- Socor, V. 2011. “Warsaw Pact, CIS Peacekeeping, CSTO Operations: Moscow Develops ‘Collective’ Intervention Concept (Part One)”. Recuperado el 20 de octubre de 2017, de: <https://jamestown.org/program/warsaw-pact-cis-peacekeeping-csto-operations-moscow-develops-collective-intervention-concept-part-one/>
- Spanger, H.-J. 2016. “Russia's Turn Eastward, China's Turn Westward: Cooperation and Conflict on the New Silk Road”. Recuperado el 3 de mayo de 2017, de: <http://eng.globalaffairs.ru/number/Russias-Turn-Eastward-Chinas-Turn-Westward-18251>
- Swanström, N. 2015. “The Security Dimension between China-Central Asia Relationship: China's Military Engagement with Central Asian Countries”. Recuperado el 07 de noviembre de 2017, de: https://www.uscc.gov/sites/default/files/Swanstrom%20Testimony_3.18.15.pdf
- Wolczuk, K. y R. Dragneva. 2017. “The Eurasian Economic Union. Deals, Rules and the Exercise of Power”. Recuperado el 14 de octubre de 2017, de: <https://www.chathamhouse.org/publication/eurasian-economic-union-deals-rules-and-exercise-power>